

Cuadernos del Concilio 4



La inspiración
(DV 11-13)



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*



CEM
Conferencia del **Episcopado** Mexicano

Cuadernos del Concilio

**La inspiración
(DV 11-13)**

Antonio Pitta

Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 4 La inspiración (DV 11-13) Autor: Antonio Pitta

Primera edición (castellana) 2023

ISBN: 978-607-7837-44-2

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.
Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).
Impreso en México.

ÍNDICE

Capítulo 1: Ekklesía 18.11.1965: DV 11-13	11
El huracán	12
El viento del Espíritu	13
De un pesquero a un navío alejandrino	15
De la letra al Espíritu	16
Capítulo 2: El doble puerto de los autores	19
El puerto menor	19
Un carisma profético	22
En el puerto infinito del Autor	25
Capítulo 3: El puerto de la inspiración	29
Los tres vectores de inspiración	30
La inspiración del autor	30
La inspiración del texto	32
La inspiración del lector	33
Capítulo 4: El puerto de la salvación	35
«Por nuestra salvación»	36
De la escucha, la fe y la salvación	38
¿Quién es digno de tomar el libro?	39

Capítulo 5: El puerto de la condescendencia	41
La condescendencia	42
El sí de Dios en Cristo	43
El Verbo encarnado	44
Epílogo: Las velas	47
Dei verbum 7-10	51

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El Domingo (SC 106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera de las creyentes (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)

«La Biblia no fue escrita para eruditos bíblicos,
ni Don Quijote para los estudiosos de Cervantes,
ni la Divina Comedia para los expertos de Dante»
(Luis Alonso Schökel).

EKKLESÍA 18.11.1965: DV 11-13

18.11.1965: es la fecha grabada en el costado de estribor del barco que, tan pronto como ha sido botado, está listo para zarpar. El nombre con el que fue ‘bautizado’ es *Ekklesia*. Junto a la fecha se muestra la abreviatura DV 11-13. DV significa *Dei Verbum*, el título de la constitución, durante el Concilio Vaticano II, sobre la revelación divina. Los números 11-13 son los párrafos sobre la inspiración e interpretación de la Sagrada Escritura en *Dei Verbum*. El Espíritu es el viento que está a punto de guiar el velero con los pasajeros a bordo. El barco blanco consta de tres velas altas: roja, blanca y verde. La brújula está bien calibrada con la rosa de los vientos en la proa. Se distinguen los principales vientos a seguir en la ruta: mistral del norte, este del este, oeste del oeste y austral del sur.

El equipo está bien provisto: entre otras cosas, a cada marinero se le proporciona una Biblia para leer durante el viaje. Se necesitaron cuatro años para construir la *Ekklesia*: desde diciembre de 1961 con el Papa Juan XXIII y el comienzo del concilio, hasta noviembre de 1965 con el Papa Pablo VI y la *Dei Verbum*. Fueron años tormentosos con proyectos contradictorios entre quienes intentaban defender a toda costa la infalibilidad de la Biblia y quienes proponían una nueva forma de entender la inspiración. ¡Las mejores obras de arte nacen de los conflictos!

Posteriormente se construyeron otros barcos sobre el modelo de *Ekklesia* DV 11-13: el *Verbum Domini* de Benedicto XVI, y el *Aperuit illis* del Papa Francisco. ¡No hay vuelta atrás desde el barco de 1965! Más bien, debemos mirar hacia delante, hacia los desafíos que *Ekklesia* se ve obligada a enfrentar con el viento en popa. Repasemos brevemente las fases que condujeron a *Ekklesia* 18.11.1965: DV 11-13.

El huracán

Los primeros años del Concilio Vaticano II fueron todo menos pacíficos. El choque entre conservadores e innovadores fue acalorado. Al comienzo del concilio, los profesores Stanislas Lyonnet y Maximilian Zerwick fueron suspendidos de la docencia. Habían sido acusados de negar la existencia del pecado original. ¡Sabiendo que tenían razón, obedecieron sin resistencia! Suspendido de su silla, Lyonnet se dedicó a su obra *La historia de la salvación en la Carta a los Romanos*: se convertirá en un clásico sobre la salvación en el pensamiento de Pablo. Una vez más, ¡las mejores obras de arte surgen de los conflictos! Afortunadamente, el exilio de la enseñanza no duró mucho; con la reanudación del concilio, bajo Pablo VI, los dos profesores fueron reintegrados en sus cátedras.

Mientras tanto, desde 1957, Luis Alonso Schökel había sido llamado desde España para tomar un curso de hermenéutica en el Instituto Bíblico. El profesor Luis nació en Madrid en 1920, había estudiado letras en la Universidad de Salamanca: la ciudad de Cervantes, autor de *Don Quijote*, y de Miguel de Unamuno, autor de *Del sentimiento trágico de la vida*. Al ingresar a la Compañía de Jesús, Luis inmediatamente comenzó a dar clases en la Universidad de Comillas en Madrid. Su rara sensibilidad por la estética literaria no pasó desapercibida. Su tesis doctoral estuvo dedicada a la poética judía: se publicó en 1963. Alonso no fue suspendido de la docencia, pero sufrió violentos ataques de quienes lo acusaban de negar la infalibili-

dad bíblica. Propuso la inspiración e interpretación de la Biblia según los cánones de lo artístico y literario. Sin desconocer la aportación de otros estudiosos, *Ekklesia* DV 11-13 le debe mucho a Alonso sobre todo por el conocimiento de los hagiógrafos o escritores como autores reales y no como meros autómatas.

Durante el concilio, Alonso escribió *La Palabra inspirada*, que vio la luz en 1966. El prólogo de la obra maestra de la hermenéutica bíblica delataba la coincidencia: 1965, desde Jerusalén; el mismo año que la *Dei Verbum*. Finalmente la Biblia comenzó a ser interpretada como una obra literaria, sujeta a todas las coordenadas espacio-temporales de la literatura antigua y moderna. Frente a una comprensión estática y fetichista de la Tradición, erróneamente considerada como la contrapartida de la Sagrada Escritura, pocos años después Luis Alonso publicó *El dinamismo de la tradición* (1970). Hasta el día de hoy es el mejor comentario sobre la *Dei Verbum*. La Tradición no debe intimidar las innovaciones en la investigación, sino que pertenece al código genético de la Sagrada Escritura.

Al final de un largo curriculum vitae, dedicado a la docencia y de unos memorables comentarios sobre el libro de los Proverbios, los Salmos y Job, Alonso regresa a Salamanca y “suelta las velas” para emprender su último viaje terrenal en 1998. A través de los párrafos sobre la inspiración e interpretación de la Biblia en la *Dei Verbum* se deja ver la poética de Alonso Schökel.

El viento del Espíritu

«El hombre debe recibir el Espíritu para poder comprender la palabra del Espíritu» (Luis Alonso Schökel, *El dinamismo de la tradición*, Brescia 2011, 162). Hierático y patriarcal era Alonso cuando daba las lecciones sobre la inspiración. Por lo general, introdujo las lecciones con las palabras de Pablo: “Estas cosas no las decimos con palabras enseñadas por sabiduría humana,

sino enseñadas por el Espíritu, explicando las cosas espirituales a hombres de espíritu” (1 Cor 2,13).

Era uno de sus pasajes favoritos. En impecable italiano y con acento español, Luis añadió: «Tienes que leerlo en griego; en la traducción pierde toda su belleza: *didaktōis pnèumatōs, pneumatikōis pneumatikà sygkrínontes*. ¿Sientes la paronomasia que produce el Espíritu?». Paronomasia es la secuencia de términos similares, unidos por el mismo nombre: en este caso *pnèuma* sirve para subrayar la primacía del Espíritu sobre la Palabra de Dios en la vida de los creyentes.

El viento es necesario para cualquier embarcación: para un barco, un velero y una nave. El Espíritu es el viento que lleva a *Ekklesia*, con la Biblia a bordo. El espíritu nunca es el mismo, cambia constantemente. En griego se llama *pnèuma* y tiene diferentes significados: “viento”, “respiro”, “aliento”, “soplo”, “brisa”, “fantasma”, “espíritu” (del hombre) y “Espíritu” (de Dios). Mientras que en hebreo *ruah* es femenino, en griego *pnèuma* es neutro. Según una inclusión no planeada, la primera y última palabra de la Biblia es *pnèuma*. El Espíritu y la Esposa responden al Espíritu que se cierne sobre las aguas al comienzo de la creación (Gn 1, 2) que dice: “Ven” (Ap 22, 17) a esperar al Esposo. Entre el inicio y el epílogo, el Espíritu recorre la Sagrada Escritura, con algunas cumbres intermedias. El Espíritu de la creación es convocado por el Espíritu de la regeneración en una llanura llena de huesos secos (Ez 37, 1-14). Durante el diálogo nocturno con Nicodemo, Jesús le revela que «el viento (*pnèuma*) sopla (*pnèi*) donde quiere, escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (*pnèumatōs*)» (Jn 3, 8). Jesús pasa rápidamente del viento al Espíritu, usando el mismo término, pero atribuyéndole diferentes significados. ¡Con dificultad, Nicodemo logra seguirlo!

Sutil como “la voz del silencio” que el profeta Elías escucha desde una cueva en el monte Oreb (1 Re 19, 12), fuerte como el viento que llena la casa donde están reunidos los Apóstoles en Pentecostés (Hch 2, 2), el Espíritu es

la coincidencia de los opuestos. Se parece al agua que la samaritana busca en el pozo (Jn 4, 5-25). A veces aparece como lenguas de fuego que se posan sobre quien lo recibe (Hch 2, 3) o se ve como una paloma (Lc 3, 22). Se parece a la sangre infundida en el corazón de los creyentes (Rom 5, 5) y está simbolizado por el agua y la sangre cuando Jesús “inclinó la cabeza y entregó el Espíritu” (Jn 19, 30-34).

De un pesquero a un navío alejandrino

Ekklesia DV 11-13 fue anticipado por varios barcos, llamados con el mismo nombre. *Ekklesia* es la barca en el ‘mar’ de Galilea que introduce la vida pública de Jesús y concluye sus apariciones como Resucitado. El Evangelio según Marcos cuenta que Simón y Andrés fueron llamados por Jesús cuando echaban las redes al mar (Mc 1, 16-18). En la misma orilla fueron elegidos Santiago y Juan mientras remendaban las redes en la barca de Zebedeo, su padre (Mc 1, 19-20). Abandonada en lo siguiente, la barca reaparece al final del cuarto Evangelio con siete pescadores a bordo (Jn 21, 1-3). Puede que no haya sido el mismo barco, pero también se llama *Ekklesia*, porque los discípulos y su condición no cambian desde el inicio ni después de la Pascua. El número siete para los pescadores indica totalidad: alude a todos los creyentes llamados a seguir al Resucitado antes y después del fracaso de su discipulado. Sin Jesús, las dos barcas de los discípulos se afanan toda la noche, pero no pescan nada. Con él las barcas corren el riesgo de hundirse por la prodigiosa pesca (Lc 5, 1-11). Sin embargo, de día sólo se pescan menudencias, mientras que de noche se cosecha el mejor pescado. El secreto de la pesca prodigiosa, a plena luz del día, está en la confianza que los pescadores depositan en Jesús: “En tu palabra echaré las redes” (Lc 5, 5).

Se necesitaban tres barcos para el viaje del cautiverio de Pablo, desde Cesarea Marítima a Roma. El primer barco de Adramito parte hacia los puertos de la provincia de Asia. En Mira, en Cilicia, el centurión Julio y sus

soldados se embarcan en una nave alejandrina. Llegado a la isla de Creta, se desata un huracán llamado Euroaquilón. La tormenta es violenta y hay miedo al naufragio. Después de catorce noches a la deriva en el Adriático, Pablo da esperanza a los marineros, toma el pan, lo parte, da gracias y lo comparte. Realiza los mismos gestos que Jesús durante su vida pública y en la última cena con sus discípulos. 276 personas comieron en el barco y arriban ilesas a Malta (Hch 27, 1; 28, 10). El último viaje narrado en los Hechos de los Apóstoles es en barco, con la fracción del pan. La Eucaristía es el pan necesario para hacer frente a los huracanes que azotan a *Ekklesia*. El pan del viaje por tierra y mar, amasado para ser comido: nunca abandona a los marineros, hasta el último viaje. Finalmente, entre un huracán y un viento del sur, llega a Pozzuoli el tercer barco alejandrino. La vida de todos es una odisea; cuando lo afrontas con la Eucaristía en las manos, siempre estás en buenas manos.

El Espíritu es el viento que guía a los marineros de *Ekklesia*, con la Palabra a bordo y el pan para partir en el camino. A primera vista parecen realidades distintas, la palabra del Maestro y el pan partido: son interdependientes, porque el único Espíritu hace presente al Resucitado (Neófito Edelby), en cualquier navío y para cualquier mar.

De la letra al Espíritu

Theópneustos: es la contraseña recogida en DV 11 de la segunda carta de Pablo a Timoteo (2 Tm 3, 16), fiel colaborador en la evangelización. El término aparece por primera vez para todo el idioma griego en esta carta. El adjetivo original se compone de *theós* (Dios) y *pneu-* la misma raíz que *pneuma* (Espíritu). Volveremos a la inspiración de la Sagrada Escritura, que ocupa el lugar principal en *Ekklesia* DV 11-13. Mientras tanto, detengámonos en la Escritura, útil “para enseñar, para convencer, para corregir, para educar en la justicia” (2 Tm 3, 16).

La Biblia es una colección unificada de libros después de siglos de historia. Los marineros de *Ekklesia* notan que es, sin embargo, un libro. Será considerado sagrado o santo para los creyentes, pero sigue siendo un libro, compuesto de dos partes: el Antiguo (no el ‘viejo’) y el Nuevo Testamento. Cuando los marineros están a punto de leer en su propia habitación y para dos o más personas, la Biblia se transforma en la “Palabra de Dios” o “Palabra”. A menudo se confunde la Escritura con la Palabra de Dios, ignorando que sólo cuando se lee solo o en asamblea, la Biblia se transforma en Palabra de Dios, la distinción no debe tener el efecto contrario que llevaría a menospreciar el libro sagrado. Sigue siendo cierto que la Escritura contiene la Palabra de Dios como un panal contiene miel o un tronco contiene savia. Sin embargo, la distinción es necesaria, porque como religiones de la Palabra, el judaísmo y el cristianismo veneran la Sagrada Escritura como el ‘código’ esencial de la alianza entre Dios y su pueblo.

Para distinguir el libro o rollo (según los antiguos métodos de composición) y la Palabra de Dios, es necesario remontarse a dos visiones narradas por Ezequiel y en el Apocalipsis. En la primera visión, se le pide al profeta Ezequiel que coma el rollo para comunicar el mensaje del Señor a los israelitas (Ez 3, 1-12). Dulce como la miel en la boca es el panecillo que Ezequiel debe comer antes de partir: “Escucha todas las palabras que te digo con tus oídos y acógelas en tu corazón” (Ez 3, 10). Juan de Patmos reescribe la visión, pero con algunos cambios originales. Se le pide al vidente del Apocalipsis que tome el rollo abierto de la mano del ángel que se encuentra entre el mar y la tierra. Esta vez asistimos al contraste entre la miel en la boca y la hiel en el estómago (Ap 10, 8-11). Cuando es acogida con el Espíritu de profecía, la Biblia es el alimento diario del que no se puede prescindir. En el paso de la exterioridad a la interioridad se decide la transformación de la Biblia en Palabra de Dios.

La distinción entre letra y Espíritu para la Escritura es abordada por primera vez por Pablo. Cuando piensa en el don de la Ley (Ex 31, 1-34; 34),

recuerda que, puesto que se está al servicio de la nueva alianza, la letra mata mientras que el Espíritu da vida (2 Cor 3, 6). En una inspección más cercana, el contraste no es entre la Ley Mosaica (o *nomos*) y el Espíritu, sino entre la “letra” (*gramma*) y el Espíritu (*pneuma*). En la práctica, la letra es la escritura no alimentada por el Espíritu y, por tanto, incapaz de dar vida. En cambio, cuando la letra es generada por el Espíritu, tiene lugar la transición del antiguo al nuevo pacto. Para subrayar el paso de una alianza a otra, la nueva alianza (2 Cor 3, 6) no sustituye a la antigua (2 Cor 3, 14). Más bien, el Espíritu da vida al único pacto transformándolo en uno nuevo. Esta transfiguración o trascendencia de la letra en Espíritu, o de la Biblia en Palabra de Dios, tiene lugar cuando el Espíritu continúa hablando en *Ekklesia* mientras se prepara para partir. Sin el Espíritu, *Ekklesia* es un barco incapaz de navegar. Con el Espíritu, el barco zarpa y es testigo de la transformación de la Escritura en Palabra inspirada.

Antes de *Ekklesia* DV 11-13, Dante Alighieri ya intuía la unión esencial entre el Espíritu, *Ekklesia* y la Palabra. Estamos en el Canto XXIX del Purgatorio y Dante es invitado por Matilde a contemplar “la procesión de la Sagrada Escritura”. La Iglesia es un carro conducido por un grifo, símbolo de la naturaleza humana y divina de Jesucristo. La procesión ve la secuencia de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, introducida por las «flamas que van delante» (v. 73) y por las «siete listas» (v. 77). Los siete candeleros abren y cierran la procesión “deteniéndose allí con las primeras señales” (v. 154). De inspiración divina, toda la Sagrada Escritura se transforma en Palabra de Dios para *Ekklesia*, cuando es guiada por el Espíritu.

EL DOBLE PUERTO DE LOS AUTORES

«Para que, actuando en ellos y por ellos, escribieran como verdaderos autores, todas y sólo aquellas cosas que él quiso que se escribieran» (DV 11).

Impulsado por el poderoso viento del sur, *Ekklesia* se dirige al norte, para llegar al “puerto de los autores”. Habiendo llegado a su destino, el barco entra en un puerto doble original: uno menor y otro mayor. El doble puerto de los autores es singular ya que *Ekklesia* se ve obligado a transitar del puerto menor al puerto mayor, y no al revés. Tal es la relación entre el Autor de la Biblia y los autores que se han alternado a lo largo de los siglos por los libros que la componen. Para llegar a la meta, *Ekklesia* ha realizado un peligroso viaje, arriesgándose varias veces a dejarse llevar por el ímpetu de los vientos. Cuando el Espíritu es un viento con toda su fuerza, *Ekklesia* no tiene más remedio que secundarlo, de lo contrario las velas se rompen y corren el riesgo de hundirse. El largo viaje al doble puerto de los autores ha sido un éxito y los marineros se preparan para contemplar el puerto más colorido del mundo.

El puerto menor

El primer puerto al que llega *Ekklesia* es del autor humano. Si bien para los creyentes –judíos y cristianos– la Biblia tiene a Dios como Autor principal, hay quienes la consideran sólo una colección de textos, a ser tratados según los cánones de la in-

investigación literaria. El aporte histórico y literario es fundamental para todo libro bíblico. De hecho, aquellos que creen que la Biblia contiene la Palabra de Dios no deben subestimar su profundidad literaria. En la práctica, es imposible que un barco llegue al puerto principal sin el puerto secundario.

Antes de *Ekklesia* DV 11-13, los dos puertos se consideraban de manera diferente. Los hagiógrafos o “escritores de cosas santas” eran considerados como simples redactores de lo que Dios dictaba por medio del Espíritu. Existía la idea generalizada de que cada término que escribieron fue dictado literalmente por Dios, sin ninguna variación. Cuando se dio cuenta de que el mismo evento en el Antiguo y Nuevo Testamento fue relatado de manera diferente por dos o más autores, el principio de inspiración directa comenzó a flaquear. Solo piensa en las últimas palabras de Jesús en la cruz. Aunque cada evangelista relata el grito de Jesús antes de morir, ninguno de ellos lo refiere con las mismas palabras. Entre las soluciones más improvisadas, se proponía resumir todas las palabras de Jesús en la cruz, sin entrar en las razones y propósitos por los que las que relatan Marcos y Mateo son completamente diferentes de las que escriben Lucas y Juan. *Ekklesia* DV 12 acabó con la idea de que el hagiógrafo era una especie de actor, con un guión para recitar de memoria. Los autores de todo texto bíblico no son autómatas, ni meros actores, sino “verdaderos autores” (DV 11).

El pequeño puerto donde atracaba *Ekklesia* está formado por muchas rocas escarchadas que reflejan innumerables colores. Ninguna pared es igual a otra en color, forma o tamaño. Cada autor humano tiene su propia ‘intención’, como reconoce DV 12, que es diferente de la de otro. Por ello corresponde al intérprete buscar el significado que el autor “intentó expresar y de hecho ha expresado”. Cuanto más profundiza el intérprete en la intención del autor de cada pasaje de la Biblia, más se encuentra en posición de captar el significado o significados más apropiados. Hombre de su tiempo, es el autor del libro bíblico, con todas las semejanzas y diferencias de su propio texto comparado con el de otro.

Antes de pasar al puerto infinito del Autor divino, se invita a los pasajeros de *Ekklesia* a detenerse el mayor tiempo posible en el puerto menor. ¿De qué color es la ensenada donde se refleja la breve y fascinante narración del Evangelio según Marcos? ¿Y por qué es más grande la entrada dedicada al Evangelio según Lucas aunque se trata, en todo caso, de una narración evangélica? ¿Cuál es la forma literaria o el género del evangelio según Juan? Es necesario tratar de esclarecer el entorno en el que los autores humanos vivieron, se formaron y escribieron sus textos.

Algunas tentaciones resurgen cuando se pasa por el puerto menor de los autores. Ante todo, la irresistible tentación de querer llegar de inmediato al inmenso puerto del Autor. ¿De qué sirve investigar el género y el ambiente en el que vivió el evangelista Mateo? ¿Importa que durante la celebración eucarística su evangelio es “Palabra de Dios”? Cuando uno entonces compara la idea que tiene un intérprete del Evangelio según Mateo con la de otros intérpretes, es una frustración. Los estudiosos de la Biblia son como los cardiólogos: ¡practican una ciencia exacta y por lo tanto aproximada! Cada uno piensa diferente al otro. Estas y otras tentaciones que naufragan en el escepticismo son legítimas, pero deben ser enfrentadas por la riqueza que los autores comunican a los lectores. Si el primer puerto a cruzar pertenece al autor humano, es porque el último Autor tomó en serio la condición humana: se encargó de pasar tiempo con cada uno “como con un amigo”.

El diálogo con los seres humanos es más difícil que el diálogo con Dios, por eso el puerto menor no puede ser ignorado como si no lo fuera. El desentlace sería infeliz: cada uno piensa lo que quiere del puerto mayor porque es tan imposible conocer la intención de Dios. Si el autor humano de un texto bíblico no es un simple actor, ni un autómata, sino un autor en carne y hueso, ¿cómo debemos considerar su relación con el Autor? ¿Cómo se relaciona el puerto menor con el mayor?

Un carisma profético

Lo que “Dios se complació en expresar con sus palabras” (DV 12) es el asta principal de *Ekklesia*. La Palabra de Dios no es un oráculo llovido desde lo alto, sino que pasa siempre a través de palabras humanas. Entre una y otra comunicación, escrita y hablada, está la Palabra de Dios, inseparable de las palabras humanas. En el lenguaje de la Biblia, esta es una Palabra que se refiere al carisma de la profecía. Cuanto más se detiene *Ekklesia* en el puerto menor del autor humano, más reconocen los marineros las corrientes que pasan entre uno y otro puerto. Para dar una idea, es como Corinto o Taranto, las ciudades de los dos mares: donde un mar se une al otro con diferentes matices. Además de ser el austral que conduce a los dos puertos, el Espíritu es el agua ondulante que los conecta. Todo autor humano de la Biblia ha recibido el carisma de la profecía que le permite hablar en nombre del Autor a otros interlocutores. Mientras *Ekklesia* se detiene en el puerto menor, los marineros escuchan lo que prescribe la segunda carta de Pedro: «Toda profecía de la Escritura no está sujeta a explicación privada; en efecto, nunca una profecía vino de la voluntad humana, sino que algunos hombres, movidos por el Espíritu Santo, hablaron de parte de Dios» (2 Pe 1, 20-21).

Cuando te encuentras con una persona con cualidades sobresalientes, se acostumbra decir: “¡Tiene carisma!”. No importa si eres creyente o no creyente; su carisma cuenta. El término ‘carisma’ deriva del griego *charisma*: un sustantivo compuesto por *charis* que significa “gracia” o “don” y el sufijo *-ma* que sirve para expresar su concreción. El carisma de la profecía une a todos los autores de las páginas bíblicas. ¿Cuáles son las peculiaridades del carisma profético reconocibles en cada autor humano de la Escritura? La pregunta surge cuando *Ekklesia* se encuentra en el paso obligado entre el puerto menor y el mayor del Mar del Norte.

En primer lugar, el carisma profético es, como todos los demás carismas, un don del Espíritu y no una conquista humana: “A cada uno se le da una

manifestación del Espíritu para bien” (1 Cor 12, 7). No se trata sólo del “bien común”, sino también de la utilidad para todos. Si el carisma de la profecía caracteriza a los autores es porque el don no está reservado sólo a ellos, sino que involucra a los destinatarios a quienes se da el carisma. El pasaje de 2 Pe destaca que, “movidos por el Espíritu Santo, algunos hombres hablaron en nombre de Dios”. El verbo para describir la acción del Espíritu en la profecía es “movido” o “llevado”, “conducido” (*pherómenoi*) por el Espíritu. El carisma de la profecía “mueve” al autor humano a escribir lo que el Espíritu le comunica para los demás y no para sí mismo.

El carisma profético de la Escritura sigue el camino de la afinidad electiva que une toda obra de arte con respecto a la naturaleza que representa. Si una persona “no tiene carisma” es incapaz de representar o retratar lo que le gustaría. La afinidad electiva en la producción artística es el carisma profético para el autor humano de la Sagrada Escritura.

A este respecto, la relación entre la “explicación privada” y el carisma de la profecía es esencial, para quienes hablan en nombre de Dios y movidos por el Espíritu. Dado que todo carisma se da para el beneficio común y personal, más aún el de la profecía hace de filtro entre la Palabra de Dios y la palabra humana. Si no hubiera un horizonte comunitario, ningún autor de la Escritura habría puesto por escrito lo que ha transmitido a los destinatarios presentes y futuros.

Cuando *Ekklesia* se detiene por largo tiempo en el puerto menor de los autores, los marineros comprenden que lo que leen en la Biblia se refleja en los innumerables colores de las paredes rocosas que atraviesan. Entre la Biblia escrita y la contemplada en los muros de la doble puerta, el Espíritu realiza la comunicación profética entre la palabra humana y la divina. Además de Jesús, “el profeta” por excelencia, el carisma profético está especialmente marcado en autores como Pablo de Tarso. Desde el dictado de su primera carta, Pablo recuerda a los tesalonicenses que, durante su primera evangelización, ellos aceptaron su palabra “no como palabra de

hombres, sino como verdaderamente es la Palabra de Dios que actúa en los que creen” (1 Tes 2, 13).

DV 12 añade una última peculiaridad al carisma profético: “tener debidamente en cuenta la tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe”. La expresión: “analogía de la fe” se encuentra por primera vez en la Carta a los Romanos (12, 6) en relación con la profecía. A primera vista, la analogía de la fe podría hacer pensar en la fe con la que se cree o que se cree, como condiciones para recibir el carisma profético de la Escritura. En este caso, la fe de un autor humano sería condicionante para recibir el carisma de la profecía. En realidad, la expresión “analogía de la fe” debe entenderse como la “medida de la fe” a la que se refiere Rm 12, 3. La analogía o la medida de la fe no se refiere a la fe que cada uno tiene en el Señor, sino a “la medida de la fe” o “de la confianza” recibida del Señor. El carisma profético de la Escritura se da a cada autor según su propia estatura interior y condición humana. El autor humano tiene la responsabilidad de escribir y dictar lo que pueda comprender de la Palabra de Dios que le ha sido confiada. Para cumplir con esta misión, el autor se vale necesariamente del lenguaje y modo de pensar de su época. No hay autor de la Escritura que no comunique según el modo de pensar y hablar de la época en que vivió, con todos los límites y profundidades de su propio carisma.

Por tanto, como carisma profético, el confiado al único autor de la Escritura es un carisma que atraviesa su humanidad, según el tiempo y el espacio en que vivió. Sólo así es posible captar la belleza y la profundidad de DV 12: “Dios en la Sagrada Escritura habló a través de los hombres de manera humana”. Palabra de Dios y palabra humana son inseparables: como las aguas de un mar se unen a las de otro mar en el doble puerto de los autores.

En el puerto infinito del Autor

La intención del autor humano es el vehículo esencial para llegar al Autor divino. Así, el puerto menor desemboca en el mayor: un puerto sin fronteras. ¿En qué se diferencia el puerto menor de los autores del puerto mayor de Dios? Las contribuciones del Autor divino a los autores individuales de las Escrituras son diversas.

En primer lugar, el puerto principal del Autor considera la Escritura en su unidad. La Biblia es una colección de libros, diferentes en alcance y origen. El Autor divino confiere unidad a este “gran código” (Northorp Frye) que de ninguna manera pretende homogeneizar la diversidad de los libros individuales, sino preservarlos en la unidad de la relación entre Dios y los seres humanos. No es casualidad que DV 12 aluda, entre otras cosas, a “la unidad de toda la Escritura” como condición para captar la variedad de significados que transmiten los textos individuales. Entre las principales coordenadas que cruzan ambos Testamentos, se destacan la alianza, el Mesías, la fidelidad, las promesas, la descendencia de Abraham, el culto con el templo y el sacerdocio, y la profecía. De modo diferente y con acentos propios, cada texto se sitúa en la estela de unas coordenadas que dan unidad a la Sagrada Escritura. Son diferentes corrientes que cruzan, sin interrupción, el doble puerto de los autores.

En definitiva, la unidad de la Escritura transformada en Palabra de Dios se debe al Espíritu, al mismo tiempo que el Espíritu es el viento que guía a *Ekklesia* hasta llegar a los dos puertos y las aguas de los dos mares. Lo que es la “inspiración” artística para cualquiera que crea una obra de arte, es el Espíritu de Dios para la inspiración de las Escrituras. Nos enfocaremos en la inspiración artística y divina; mientras tanto, es fundamental reconocer que, sin el Espíritu, la Escritura no se transforma en Palabra de Dios y que esta transformación se realiza sólo con su acción. El Espíritu realiza la unidad y la conversión de toda la Escritura en la Palabra de Dios. Contra

las peligrosas separaciones entre un Testamento y el otro –por desgracia a menudo en detrimento del Antiguo Testamento– el Espíritu que inspira las dos partes principales de la Escritura es lo mismo. Una de las primeras herejías que la Iglesia se vio obligada a enfrentar al principio se debe a Marción quien tendía a rechazar el Antiguo Testamento en favor del Nuevo. Las Iglesias individuales se han distanciado del “marcionismo”: “El Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo y el Antiguo Testamento se revela en el Nuevo” (Agustín de Hipona).

En la unión entre el Espíritu y la Escritura asistimos a la transformación de la letra en Palabra; y de la Palabra en acontecimiento. El griego de la Biblia conoce dos formas de designar la “Palabra de Dios”: *logos Theou* y *rhēma Theou*. Las dos expresiones se refieren a la misma realidad de la revelación divina, pero mientras *logos* se limita a la “palabra”, *rhēma* acentúa su concretización, su realización. Cuando el Espíritu transforma la Escritura en “palabra de fe” (Rm 10, 8) ya no es sólo *logos*; se convierte en “palabra realizada” (*rhēma*) en el momento en que se dice. Por eso se exhorta a los creyentes a recibir “la espada del Espíritu, que es la Palabra (*rhēma*) de Dios” (Ef 6, 7). Según el mismo esquema, «[l]a Palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos e intenciones del corazón» (Heb 4, 12).

Una vez que entra en el puerto infinito de la revelación, *Ekklesia* reconoce plenamente su propia identidad: es llamada y es *Ekklesia*, un pueblo convocado por el Señor para escuchar y nutrirse de su Palabra. La carta *Aperuit illis* del Papa Francisco, n. 4, recuerda dos hechos que dan buena idea de la relación entre el autor divino y el pueblo del Señor. Con motivo del regreso del exilio en Babilonia, el pueblo del Señor se reunió en Jerusalén, en la plaza de la Puerta de las Aguas, para escuchar la Ley. “Como un solo hombre” (Neh 8, 1), el pueblo disperso redescubre su unidad en torno a la Palabra del Señor. La unidad de la Escritura es la unidad de las personas, puesto que son

impensables las unas sin las otras. La Palabra de Dios sin el pueblo al que se dirige no existe; ¡La Biblia existe, pero no la Palabra! A su vez, el pueblo sin la Palabra de Dios no puede redescubrir la unidad. “Como un solo hombre” en torno a la Palabra de Dios, el pueblo redescubre su identidad.

Algo similar sucedió cuando el Resucitado se acercó a los apóstoles y “les abrió la mente para comprender las Escrituras” (Lc 24, 45). Para los creyentes en Cristo, la asamblea reunida en torno a la Palabra escucha al Resucitado. Al explicar así las Escrituras, revela la misión de *Ekklesia*. Volveremos a la relectura de las Escrituras con la presencia del Resucitado; mientras tanto, las coordenadas que hemos detectado demuestran la multiplicidad de significados que asume la Escritura en el puerto sin límites del Autor. El Espíritu es el viento del sur que guía a *Ekklesia* al puerto menor de los autores, para colocarlo en el puerto infinito del Autor.

EL PUERTO DE LA INSPIRACIÓN

Donde sale el sol, sopla el levante y amanece la mañana. Después de haber hecho una larga parada en los dos puertos de los autores, *Ekklesia* zarpa hacia el puerto oriental. La ruta que gira al este desde el norte es menos peligrosa que la anterior porque el viento del levante es más confiable que el austral y las velas se mueven al unísono. La travesía es en mar abierto sin muchos imprevistos, ya que el Espíritu que propulsa la nave es el mismo que la acoge en el puerto oriental. Es por esto que el puerto oriental es conocido como el “puerto de la inspiración”. De lejos, parece que *Ekklesia* encuentra en este puerto su lugar de desembarco más natural. No faltan los imprevistos, pero son asequibles y no crean muchas preocupaciones a los navegantes. Hacer seguro el viaje y el desembarco del barco es uno de los axiomas más fascinantes de DV 12 según el cual la Escritura “debe ser leída e interpretada a la luz del mismo Espíritu por el que fue escrita”. ¿Cómo ocurre la inspiración de las Escrituras? ¿Qué interlocutores involucra? ¿Y cuándo termina?

El paso del puerto de los autores al puerto de la inspiración es necesario porque revela las razones últimas por las que la intención de cualquier autor humano es insuficiente para la Escritura. ¿Por qué la Escritura siempre adquiere nuevos significados, a pesar de los siglos que atraviesa? ¿Será posible alguna

vez llegar a un significado único para un libro bíblico, incluso el más corto como la Carta a Filemón, compuesta de solo 25 versículos?

Los tres vectores de inspiración

«¡Parece inspirado!»: es la primera reacción frente a una obra de arte. Un poema, una novela, una pintura, una escultura, una canción, una música encuentran en la inspiración su razón de ser. Si no está inspirado, un cuadro deja indiferente al visitante. Cuando DV 12 argumenta que la Escritura debe ser leída e interpretada a la luz del mismo Espíritu con el que fue escrita, se apropia de la inspiración artística y la aplica a la Biblia. Porque, como sostenía el Pseudo-Longino, «el arte es perfecto cuando se parece a la naturaleza; y la naturaleza tiene éxito cuando contiene arte oculto» (*Lo sublime*, 22), como relación constante entre Dios y el pueblo, la Biblia es una obra de arte sublime. Reproduce su relación con extremo realismo.

El principio del Pseudo-Longino atraviesa la historia de la estética; con el tiempo se ha ido profundizando, pero responde a la relación esencial entre naturaleza y arte. No se trata de naturalismo, sino de una relación natural que necesita atención constante. Pensar que se entiende la Biblia espontáneamente es caer en un realismo que, en poco tiempo, desencanta al lector. No el naturalismo, sino la afinidad o simpatía electiva injerta la ‘técnica’ continua que conduce a la expresión artística. Entre la naturaleza y el arte, la Biblia ve la unión de tres intenciones o inspiraciones generadas por el Espíritu: del autor, del texto y del lector. Detengámonos en estas tres intenciones tratando de evitar algunas derivas para *Ekklesia*, el barco que llegó al puerto de la inspiración.

La inspiración del autor

Durante las millas iniciales, se pide a los pasajeros de *Ekklesia* que recuerden el puerto de los autores. Uno de los malentendidos más fáciles es que la

inspiración de la Biblia es la suma de las intenciones de los autores. Así la intención divina recogería las intenciones de cada autor humano involucrado en la Biblia. DV 12 excluye esta deriva, ya que sitúa al lector con la inspiración del autor humano. Para ser leída en el mismo Espíritu en el que fue escrita, la Biblia requiere que la inspiración continúe para el autor humano, para el texto escrito y para cada lector. Si en el Mar del Norte, *Ekklesia* se vio obligada a atravesar el puerto menor para llegar al mayor, es porque la intención del autor es imprescindible para pasar de un puerto a otro.

Desgraciadamente seguimos pronunciando a menudo “la muerte del autor” (Roland Barthes), especialmente para la Biblia, asumiendo que su intención no sirve, en total provecho de la intención del Autor divino. Excepto entonces, darse cuenta de que, dado que es Dios, todos se sienten con derecho a atribuirle cualquier intención, mientras que es un abuso de la intención del lector. Visto más de cerca, DV 12 no habla de dos intenciones –del autor humano y del Autor divino–, sino sólo de la intención de los hagiógrafos como vehículo de lo que “Dios se complació en expresar con sus palabras”. En el capítulo anterior especificamos que el primer nivel de inspiración bíblica se refiere al carisma del autor humano. El fascinante proemio de la Carta a los Hebreos recuerda que “después de haber hablado en la antigüedad a los padres por medio de los profetas, últimamente Dios nos ha hablado por medio de su Hijo” (Heb 1, 1-2). La Palabra de Dios pasa siempre por la intención del autor inspirado y nunca sucede como si no fuera así. No hay Palabra de Dios que sea diferente de una palabra humana, sino que “Dios en la Sagrada Escritura habló a través de los hombres de manera humana” (DV 12).

Otra derivación de la inspiración bíblica pasó bajo el nombre de “*sensus plenior*”. El método fue más o menos así: incluso si el autor humano no tuvo esa intención al escribir la página bíblica, la unidad de la Escritura permite pensar en un significado más amplio y completo. Así, una vez más, se decreta la muerte del autor: todo el mundo apoya todo y su contrario porque todo se encuentra en el pleno sentido de la Escritura. Por eso, para quienes dan

la campanada de muerte contra la intención del autor, es necesario recordar que la primera y esencial inspiración se da en la comunicación entre el puerto infinito del Autor divino y el limitado del autor humano. La Escritura ve una constante transfusión del Espíritu en el corazón del autor humano.

La inspiración del texto

Una vez producido, un texto es como un niño: crece para caminar solo. La suposición se aplica a cualquier texto, especialmente a la Biblia. Por sus relaciones intra y extratextuales, cada libro bíblico adquiere múltiples significados que se derivan de su relación con el autor y con el lector. El ejemplo del Cantar de los Cantares es uno de los más emblemáticos. Concebido por el autor como el mejor canto sobre la relación amorosa entre el novio y la novia, el Cántico se convierte en la Biblia en uno de los códigos más fascinantes sobre la relación entre Dios y su pueblo. Muy probablemente el autor del Cántico no había pensado en escribir bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sin embargo, no hay verso del Cántico que no adquiera nuevos significados según el ambiente en que se relea.

La inspiración del texto sagrado no concierne sólo al autor; se trata del texto que, convirtiéndose en una “palabra inspirada”, adquiere nuevos y múltiples significados. En este frente, si bien el autor no tenía la intención de pensar la relación de Dios y su pueblo con el Cántico, el texto adquiere significados diversos y pertinentes debido a la red de relaciones que entabla el texto. Para la inspiración del texto, el riesgo de una interpretación ilimitada es inminente. Por eso, la inspiración del autor es el timón que guía el texto en el mar de la interpretación. Sin embargo, restringir el sentido textual al del autor es forzarlo. La autonomía del autor incluye la del texto y uno garantiza al otro. DV 12 no se refiere sólo al Espíritu que guía al autor en la redacción de su propio texto, sino que se extiende a la Sagrada Escritura... escrita por el mismo Espíritu.

Al este, el Espíritu inspira al autor individual y al texto, que sigue siendo propio del autor, pero está en condiciones de crecer en los múltiples significados que asume en el tiempo y en el espacio: se revela así como una “obra abierta” (Umberto Eco). Anclado a la intención del autor que sigue siendo tal y que nunca debe ser subestimada, el texto bíblico transmite nuevas intenciones en las que quizás el propio autor no había pensado cuando lo redactó. Cualquier texto literario, especialmente el bíblico, es capaz de producir significados siempre nuevos porque contiene la Palabra de Dios que pasa por la humana.

La inspiración del lector

DV 12 es una esmeralda iridiscente ya que le pide a cada destinatario que lea e interprete las Escrituras con el mismo Espíritu en el que fueron escritas. A menudo, por miedo a confundir la inspiración con la revelación divina, tendemos a subestimar la intención y, por tanto, la inspiración del lector. En una inspección más cercana, para el creyente la revelación divina alcanza su culminación con el evento de la muerte y resurrección de Cristo. En Cristo, el sí de Dios es definitivo y no hay nada más que deba ser revelado. Sin embargo, esto no niega que, “fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu”, los creyentes deben “poder comprender con todos los santos la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo” (Ef 3, 16-17).

El carisma de la profecía, que hemos recordado para el autor inspirado, es válido también para el lector y para todo intérprete de la Sagrada Escritura. El episodio del eunuco, criado de la reina de Candace, ilustra la inspiración del lector con respecto a la del autor y del texto. El capataz lee el pasaje del profeta Isaías dedicado al Siervo sufriente: “Como oveja al matadero fue llevado, y como cordero mudo delante del que lo trasquila, no abre la boca” (Is 53, 7-8, en Hch 8, 32-33). El funcionario confiesa que no sabe a quién se refiere el pasaje. Por lo tanto, ignora tanto el significado del autor como el

significado del texto. Sólo la intervención de Felipe permite que el eunuco sea evangelizado acerca de Jesús y sea bautizado. Si el Espíritu no hubiera mandado a Felipe a llegar a ese carro (Hch 8, 29), el eunuco no habría entendido el impacto de ese texto en la pasión de Jesús y en su propia existencia.

La inspiración del lector es tan esencial como la del autor y el texto, ya que el Espíritu obrando en el autor y el texto continúa en el lector. En esta conjunción se produce la “fusión de horizontes” (Hans-Georg Gadamer) entre el autor y el lector, a través del texto bíblico. Cuanto más crece la relación en esta triple inspiración, menos la interpretación de una página sagrada está sujeta a arbitrariedades incontroladas. Al mismo tiempo, la triple inspiración, generada por el Espíritu, se refiere a ese puerto infinito que *Ekklesia* frecuentaba en el Mar del Norte. La inspiración que genera el oriente se asemeja a “la voz del silencio” que escuchó el profeta Elías en el monte Oreb: una brisa tan ligera que sólo se reconoce en el silencio de quien escucha la Palabra. La intención del lector está bien aclarada por Gregorio Magno:

Sé por experiencia que muchas cosas de la Palabra de Dios, que yo no había podido comprender por mí mismo, pude comprender estando delante de los hermanos. Así sucede que, por don de Dios, aumenta la comprensión de las Escrituras, mientras yo aprendo por vosotros lo que enseño; y muchas veces escucho con vosotros lo que os digo. (*Homilias sobre Ezequiel 2, 2, 1*).

Embriagada en el puerto de la inspiración, *Ekklesia* está lista para partir hacia el puerto occidental.

EL PUERTO DE LA SALVACIÓN

Cautivada por el Espíritu, *Ekklesia* necesita orientarse sobre las diferentes intenciones: del autor, del texto y del lector. ¿A quién o qué deberías preferir? Si toda la Sagrada Escritura contiene la verdad de Dios, ¿es posible establecer una jerarquía de las verdades que transmite? ¿O todas las verdades deben ser tomadas como tales, sin objeciones? No hay quien no vea que algunos pasajes de la Biblia afirman que el sol gira alrededor de la tierra y no al revés. Según la carta, dado que solo Dios tiene derecho a la vida humana, se deben evitar todas las transfusiones de sangre y donaciones de órganos. Hay muchas preguntas que la Biblia deja sin respuesta con respecto a las verdades científicas y naturales que fueron ignoradas mientras se componía a lo largo de los siglos. Para esto es necesario que *Ekklesia* se dirija decididamente hacia el oeste en lugar de apuntar hacia el sur. El camino de DV 11-13 también se dirige hacia el oeste: «Los libros de la Escritura enseñan con certeza, fielmente y sin error la verdad Dios, porque nuestra salvación, la quiso entregar a las Sagradas Escrituras» (DV 12).

Antes de que el barco abandonara el sitio de construcción del Concilio Vaticano II, el párrafo que acabamos de mencionar generó acalorados debates. ¿Debemos seguir hablando de la infalibilidad de la Sagrada Escritura o debemos cambiar nues-

tra forma de pensar sobre la cuestión de la verdad bíblica? Guiados por el Espíritu, nos movemos de este a oeste donde la inspiración de las Escrituras se relaciona con la verdad de la salvación.

«Por nuestra salvación»

Cuando *Ekklesia* viaja de este a oeste, llega a *sotería*, el puerto occidental más saludable del mundo. *Sotería* es ‘salvación’ y, a primera vista, parece el puerto más natural y seguro, mientras que es el más inestable debido a los continuos maremotos. *Sotería* interesa a todos, pero cada uno busca su propio camino hacia la salvación. El caso es que cuando hablamos de salvación tendemos a dar la espalda a otro lado, mientras que cuando la salud empeora, los *spa* o balnearios de la salud se multiplican. *Sotería* debe traducirse con “salud” o con “cordura”, y no con “salvación”, de lo contrario, el puerto corre el riesgo de ser abandonado por todos los barcos que se dirigen al oeste.

“Por nuestra salvación” o “salud”: es el fin último de la Sagrada Escritura que no aborda diferentes temas, como la evolución de la especie humana, la donación de órganos, la bioética y la psiquiatría. Lo que más importa al divino Autor de la Biblia y al Espíritu que la genera y regenera es la salud de cada persona, en cualquier momento y en cualquier condición. Sin embargo, para no tomar atajos triviales y populistas, *sotería* declara, desde un principio, que la salud que busca la Sagrada Escritura no es sólo del alma, como se pensaba antes de DV 12, ni sólo del cuerpo, como se prefiere en nuestro tiempo. La salud es un asunto serio, ya que concierne a todas las personas y las involucra en sus relaciones con los demás y con su propio entorno. De modo que al puerto de salvación no sólo le interesa la salud del cuerpo –tarde o temprano cada uno tendrá que abandonar la suya–, sino la salud de la persona en su integridad individual y relacional.

Si los pasajeros de *Ekklesia* continúan leyendo la Biblia que recibieron a

bordo, es porque han comprendido que su salud/salvación pasa por la asimilación de la Palabra de Dios para que se haga carne y sangre del propio cuerpo. Mientras *Ekklesia* se detiene en el puerto de salvación estamos escuchando la parábola del sembrador (Mc 4, 3-9). Habla del sembrador que generosamente esparce la semilla de trigo en los diferentes tipos de suelo: el camino, el pedregoso, el espinoso y el fértil. La semilla tirada en la calle es la más desgraciada porque los pájaros la picotean nada más ponerla. La que está en el pedregal brota en poco tiempo, pero el sol la quema. El que está entre las espinas parece crecer bien, pero las zarzas lo sofocan. Finalmente, la semilla que cae en buena tierra produce treinta, sesenta y cien veces uno.

La Palabra de Dios es la semilla sembrada por el sembrador en toda clase de suelo; este último tiene la responsabilidad de acogerlo de la mejor manera, ya que de él depende la fertilidad y, por tanto, la salud del suelo. Si el sembrador siembra la semilla de la Palabra en todas partes, no se trata de su desatención, sino que sirve para subrayar que la semilla de la Palabra llega a todos. Corresponde al corazón humano prepararse de la mejor manera para acoger la semilla de la Palabra. La proporción del fruto también es relevante: la semilla es para todos, pero cada uno responde, de manera diferente, según su propia disponibilidad. Para todos los tipos de suelo mencionados en la parábola, se da prioridad a la semilla. Esto requiere un cuidado constante, a pesar de las adversidades, la prioridad sobre cualquier otra preocupación y, sobre todo, una escucha incondicional. Bien consciente de la escucha, como condición para la salvación, ¡Satanás trata por todos los medios de arrebatar la Palabra de Dios sembrada en el corazón humano! Si el judaísmo y el cristianismo son religiones de la Palabra y no del libro, también son religiones de la escucha. Mientras los pasajeros escuchan la parábola del sembrador, el silencio en cubierta se corta con un cuchillo: todos entienden que su salud y/o salvación depende de la escucha de la Palabra.

De la escucha, la fe y la salvación

Ha pasado una semana desde la estancia de *Ekklesia* en el puerto de salvación. Antes de reanudar el viaje hacia el último destino, se pide a los pasajeros que busquen en su Biblia un párrafo de la Carta a los Romanos. Estamos en Rom 10, 5-13 donde Pablo se detiene en la justicia (o justificación para la salvación) y relee un pasaje del Deuteronomio (30, 12-14). Según el texto del Antiguo Testamento, la Palabra de Dios no está lejos en el cielo, ni mucho menos en el abismo, pero está en la boca y en el corazón de todos para salvarse. Pablo comenta el pasaje recordando que se cree con el corazón para obtener la justicia y se hace la confesión de fe con la boca para recibir la salvación. El camino de la salvación debe ser claro: surge de la escucha de la Palabra con el corazón y llega a la boca con la fe para ser acogida como don. Si no se interioriza, la Escritura nunca se convierte en Palabra de Dios, no se transforma en confesión de fe y no proporciona salvación ni salud.

El lugar privilegiado donde la Palabra de Dios quiere arraigarse es el corazón humano. A pesar de ser una simple bomba, el corazón es el principal órgano para la salud. Cuando el corazón funciona, todo el cuerpo está irrigado por sus arterias: de la cabeza a los pies. Sin embargo, la religión del corazón no debe confundirse con la de los sentimientos, sino con un corazón que escucha, como el que el rey Salomón pidió al Señor: «Da a tu siervo un corazón que escuche y sepa discernir por tu pueblo con justicia entre el bien y el mal» (1 Re 3, 9). Si el corazón de uno está dispuesto a escuchar, todas las demás partes del cuerpo se benefician y están sanas. De lo contrario, un corazón incapaz de escuchar es fuente de enfermedades físicas e internas. La Palabra de Dios no es sólo fuente de conocimiento e inteligencia; es sobre todo fuente de salvación y de salud para el alma y el cuerpo.

Una de las mayores dificultades que encuentra el hombre de nuestro tiempo es la escucha sincera de la Palabra. Basta participar en cualquier tipo de asamblea para comprobar que uno se preocupa más por hablar que por

escuchar. Un corazón que escucha es una condición previa para la fe y la salvación. Y como la fe depende de la escucha (Rom 10, 17), al corazón que no escucha le falta fe y salud. Cuánto se necesitan los oídos y los ojos del corazón para oír y ver cómo la Palabra interiorizada es mucho más que una palabra de conocimiento e inteligencia. Más bien, es la Palabra la que salva; y salvando da la salud necesaria.

¿Quién es digno de tomar el libro?

El fin último de la Palabra de Dios es la salud y/o la salvación de todo ser humano: esto es lo que *sotería*, el puerto de salvación, comunica a los pasajeros de *Ekklesia*, el barco listo para partir. Antes de retomar el camino, partimos con la visión de Apocalipsis 5, 1-5, que destaca cuán necesario es abrir el libro de la salvación. Juan de Patmos ve al que está sentado en el trono con un rollo en la mano. El rollo está escrito al revés y está sellado herméticamente con siete sellos. Como no hay nadie digno de tomar el rollo y abrir sus sellos, Juan se echa a llorar. Finalmente, uno de los ancianos le ruega que no llore más: “El león de la tribu de Judá, vástago de David, ha vencido, y abrirá el libro y sus siete sellos” (Ap 5, 5). Una vez tomado el rollo, se entona un nuevo cántico en el que se reconoce que el Cordero es digno de ser adorado porque fue inmolado y redimido con su sangre a hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 5, 9-12).

Para los creyentes, la salud o la salvación pasa siempre por la Palabra de Dios, pero esta se revela plenamente en Jesucristo. Con la simbología típica del Apocalipsis, el acontecimiento central de la salvación es la cruz de Cristo, donde fue “cordero inmolado”. Condición esencial para desenrollar el rollo de la vida y deshacer los sellos es la cruz de Cristo con el acontecimiento de su muerte y resurrección. A partir de ese momento, la Escritura encuentra su principal llave de acceso en Cristo, sí definitivo de Dios para todos los seres humanos y su salvación.

El proceso subyacente a la visión del Cordero es decisivo. Sin “el león de la tribu de Judá”, el rollo de la historia de la salvación queda sellado: todos, como Juan, no encuentran el sentido y el fin último de su vida. Sólo con y en él la salvación se hace accesible a todos. El puerto de salvación es tal porque Jesucristo es el Salvador que cura cualquier herida humana. Las lágrimas de Juan son expresión del más profundo sufrimiento humano sin Cristo.

Uno de los títulos más comunes para las deidades en el mundo antiguo es *sotér* (salvador), atribuido principalmente a Asclepio o Esculapio, el dios de la salud. Suyo es el símbolo de las dos serpientes entrelazadas para los rótulos de las farmacias modernas. Como estos, los santuarios de Esculapio eran los más concurridos del imperio. Los creyentes en Cristo le atribuyen a él y a su cruz la salud física e interior: la droga o medicina para cualquier forma de enfermedad. Con todas las curas y terapias, nunca se debe olvidar que la salud es un bien preciado que se debe proteger y esperar al mismo tiempo. Dado que uno no está hecho para una patria terrenal sino celestial, los creyentes confiesan su fe en la salud presente y futura. Tienen una ciudadanía en el cielo, de donde esperan a su Señor Jesucristo como Salvador que transfigurará su cuerpo miserable. Un cuerpo ya conformado al glorioso de Cristo, por la fe en él, está llamado a ser transfigurado por el poder que tiene de sujetar a sí mismo todas las cosas (Flp 3, 20).

Sin menospreciar la salud presente y/o la salvación del cuerpo y del alma, la Palabra de Dios anticipa la transfiguración y trascendencia de la Escritura más allá y a través de lo escrito y lo hablado. En otros asuntos que no sean la salvación, la Palabra de Dios no se preocupa y mucho menos se interesa. El gran desafío que se le presenta a *Ekklesía*, antes de partir del puerto de salvación, es identificar los continuos cambios en la búsqueda por la salud de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y hacerlos propios en compartir una salvación presente y futura.

EL PUERTO DE LA CONDESCENDENCIA

El tranquilizador viento mistral guía a *Ekklesía* hacia el mediodía. A estas alturas, Occidente está detrás de nosotros y necesitamos llegar al punto más austral del mundo. El barco emprende un viaje de rápido descenso: se desliza como el aceite hasta el “puerto de la condescendencia”. El nombre original del puerto está tomado de uno de los más grandes padres de la Iglesia, Juan Crisóstomo, quien habla de *synkatábasis*. Así DV 13 honra a un gigante de la Iglesia antigua: «En la Sagrada Escritura, pues, mientras la verdad y la santidad de Dios permanecen siempre intactas, se manifiesta la admirable condescendencia de la Sabiduría eterna, “para que aprendamos la inefable bondad de Dios y hasta qué punto él, solícito y previsor con respecto a nuestra naturaleza, ha adaptado su discurso”».

¿Cuál es la condescendencia divina que se realiza en la Palabra de Dios? ¿Por qué el término de los números en *Dei Verbum* está dedicado a la revelación divina? ¿Y por qué sigue siendo uno de los centros de gravedad de la Sagrada Escritura? El terreno ya ha sido parcialmente preparado por el puerto de salvación, del que *Ekklesía* vuelve a partir a mediodía con el viento mistral a popa.

La condescendencia

Uno de los movimientos más simples y frecuentes de la vida cotidiana es el descenso y ascenso de una colina, una montaña, una ciudad y un palacio. Todos los días subes y bajas las escaleras de tu propia casa si pertenece a un edificio de apartamentos. Ascenso y descenso también son figuras para aludir a una carrera cuesta arriba o cuesta abajo. En griego decimos *anábasis* para el ascenso y *katábasis* para el descenso. Sin embargo, Juan Crisóstomo usa un término compuesto por el prefijo *syn-*, que significa “con”, y *katábasis* para descenso. El de la Palabra es un descenso compartido hacia la humanidad a la que llega. No es un descenso solitario, sino siempre acompañado por el Espíritu. Cuando *Ekklesia* ingresa al último puerto, se les pide a los marineros que escuchen uno de los oráculos más fascinantes sobre el descenso y el ascenso de la Palabra de Dios.

El profeta Isaías compara la palabra (*rhēma*) de Dios con la lluvia y la nieve que no vuelven a él sin fertilizar la tierra (Is 50, 10-11). A propósito, el profeta utiliza el término *dābār* en hebreo, traducido por *rhēma* en griego, y no *logos*, para designar la palabra que se realiza en el momento de decirla. En esto la Palabra de Dios no es como la palabra humana que tarda en realizarse y está sujeta al beneficio del inventario. La Palabra de Dios es creadora y operante: cuando se habla, se cumple. Si bien a menudo no se ve, siempre tiene su efecto en el suelo que alcanza. Un efecto invisible a los ojos de la mente, pero no a los del corazón, capaces de ver más allá de lo visible y lo tangible. La Palabra de Dios produce un efecto seguro, a pesar de todas las incertidumbres y dudas del corazón humano. Un efecto que sólo requiere la fe en quienes se convierten, con el tiempo, en incansables oyentes de la Palabra del Señor. La Palabra de Dios es eficaz porque es afectiva, en el sentido de que surge de la preocupación del Señor por cada uno.

Unida al Espíritu, la Escritura se transforma en Palabra de Dios y realiza “la inefable bondad de Dios” (DV 13). En su totalidad e integridad,

la Palabra de Dios es el vehículo privilegiado para la manifestación de la bondad de Dios. La “bondad de Dios” recuerda el estupendo himno de la Carta a Tito (3, 4-5), dedicado a la bondad y la filantropía de Dios para los seres humanos. Está lleno de significado el término *filantropía* elegido en el griego original. A menudo tenemos un conocimiento superficial de la filantropía, olvidando que Dios es el primer filántropo que, por amor a los seres humanos, los salvó por medio de “nuestro Salvador Jesucristo”. Por tan inconcebible filantropía, Dios sigue regenerando y renovando con su Espíritu.

El sí de Dios en Cristo

Habiendo llegado a su destino, *Ekklesia* entra en el puerto más seguro y tranquilo de los alcanzados antes: el puerto de la condescendencia donde el agua es tan cristalina que se pueden ver los fondos marinos más profundos. Es paradójico que un puerto, siempre abarrotado como este, no se adormece por las descargas de los barcos. Esta es la paradoja de la condescendencia más inconcebible de la historia humana: la de aquellos que, a pesar de ser de naturaleza divina, no consideraron el estar a la par de Dios como un celoso tesoro, sino que se vaciaron asumiendo la condición de esclavos y asimilándose a la condición humana. La condescendencia más absurda y estupenda es la de Jesucristo, que se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2, 6-11).

En la época del Nuevo Testamento la deificación de los emperadores romanos estaba muy extendida, hasta el punto de que el filósofo Séneca compuso la *Apokolokyntosis*, el panfleto satírico contra la deificación de las calabazas. Generalmente, todos los emperadores fueron deificados después de la muerte. Los héroes también fueron deificados, considerados semidioses, como Heraclés. El elogio de Flp 2, 6-11 canta el camino inverso: de su propia condición divina, Jesucristo descendió a la humana haciéndola suya hasta la muerte propia de los esclavos: la crucifixión. Más abajo no podía

desconcertar ninguna concepción de las deidades antes y después de él. En la población se creía que incluso los dioses aparecían en ocasiones en forma de humanos o animales. Sin embargo, cuando se encontraron en una mala situación, volvieron a la condición divina. Sólo Jesucristo se despojó de sí mismo hasta el punto de compartir la muerte de cada persona humana. La condescendencia de la Palabra de Dios se transforma paradójicamente en la condescendencia de Cristo Jesús, de la condición divina a la humana.

La cruz de Cristo es la máxima revelación de la Palabra de Dios: donde Cristo Jesús ha sido hecho por Dios “sabiduría, justificación, santificación y rescate” por todos (1 Cor 1, 20). Si la revelación de Dios alcanza su clímax con el Crucifijo no es para generar una religión pesimista, sino porque coinciden la máxima distancia y cercanía entre Dios y el ser humano. En la cruz de Cristo el ‘sí’ de Dios permanece para siempre y el único ‘no’ lo dirige a sí mismo con la humanidad de Cristo. Tal es la filantropía de Dios que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos (Rom 8, 32).

La mayor revelación de la Palabra de Dios se realizó en Cristo, no tanto porque en él se une la naturaleza divina con la humana. Más bien, la mayor revelación de la Palabra se realizó en Cristo Jesús porque su cruz es el evento más paradójico de la historia humana. Sin el Crucifijo (y no sólo la cruz), el cristianismo se vacía de su propia identidad y no tiene nada más que decir o dar a los hombres y mujeres de su tiempo. Con el Crucifijo, la humanidad de todos se asimila en todo menos en el pecado. Esto no implica que se trate de una asimilación menor, sino que no es posible una asimilación mayor. El efecto que ha producido el terremoto de la cruz de Cristo es el puerto de la condescendencia, donde los marineros concluyen su viaje y *Ekklesia* está a salvo.

El Verbo encarnado

Antes de que los marineros de *Ekklesia* abandonen el puerto de la condescendencia, son llamados a escuchar el prólogo del Evangelio según Juan (1, 1-18).

Lo introduce la afirmación final de DV 13: «Las palabras de Dios, en efecto, expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes al habla del hombre, así como la Palabra del Padre Eterno, habiendo asumido las debilidades de la naturaleza humana, se hizo semejante al hombre». Es maravillosa la analogía entre las palabras de Dios, semejantes al habla humana, y el Verbo hecho a semejanza del hombre.

El prólogo del cuarto evangelio narra la encarnación del Verbo: desde la preexistencia, hasta la Encarnación y la revelación del Padre. Su punto de gravedad es la Encarnación del Verbo: «se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14). En primer lugar, *logos* no es solo el “verbo”, como se dice en varias traducciones, sino la “palabra”, que incluye cualquier comunicación verbal y no verbal. La Encarnación del Verbo es impensable a nivel humano: se convierte en *sarx* o carne de carne humana, con toda su fugacidad y limitación. La declaración es un dique contra cualquier forma de aparente humanización de la divinidad. En Jesús, el Verbo no aparece, ni parece, ni mucho menos es “semejante a...”, sino que se hace “carne”. La suya no es una mirada aparente, sino que es tan real que cada persona refleja su humanidad.

El verbo que describe la humanidad total del Verbo está lleno de significado: “habitó entre nosotros”, y no simplemente: “vivió”. El verbo original es *skēnoō*: recuerda la *skēnē*, la tienda que en el Antiguo Testamento es el lugar y símbolo de la presencia de Dios entre su pueblo. La tienda expresa la condición nómada del ser humano en el éxodo por recorrer, en un sentido físico y simbólico. En particular, en el éxodo de Egipto, “la tienda del testimonio” es el lugar donde el Señor dialoga con Moisés y le habla como a un amigo (Ex 33, 11). No hay mejor manera de expresar la relación que la Palabra de Dios establece con sus destinatarios: una relación amistosa caracterizada por el reconocimiento de sí mismo en el otro. Con el Verbo encarnado que es Jesús, Dios comparte el éxodo de cada persona en el mundo y establece con ellos una alianza que nunca falla.

Es fascinante el epílogo del Prólogo sobre la parábola histórica de la Palabra que lo subyace: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Esta vez el verbo elegido es *exēghéomai*: no significa “revelar”, ni “manifestar”, como en varias traducciones, sino “explicar”, “interpretar” o “decir”. El término está relacionado con *exēghēsis*, de donde “exégesis”. El Verbo que era desde el principio se hizo carne para explicar y decir cuánto de Dios es posible conocer a los seres humanos. El comentario más apropiado lo encontramos en el prólogo de la Primera Carta de Juan donde se afirma que “la palabra de vida” ha sido oída, vista, contemplada y tocada con las manos para que se realice la comunión entre los creyentes (1 Jn 1, 1-4). En Cristo los creyentes reconocen y confiesan la Encarnación del Verbo y no sólo la transformación del pan y el vino en su cuerpo y sangre. En efecto, la Encarnación del Verbo precede al verdadero pan bajado del cielo porque, haciéndose carne, anticipa la carne de Jesús para ser comida para la vida eterna. Toda la existencia terrena de Jesús hasta su muerte en la cruz es la plena revelación de la Palabra de Dios que pasa por la carne y la humanidad que asume plenamente.

Los marineros de *Ekklesia* concluyen su viaje guiados por la Escritura transformada en Palabra de Dios, capaz de saciar su hambre y sed de verdad. Una de las oraciones más profundas sobre Jesucristo como Salvador se debe a Pablo VI: «Oh Cristo, nuestro único mediador, tú nos eres necesario: para vivir en comunión con Dios Padre; para llegar a ser contigo, que eres Hijo único y Señor nuestro, sus hijos adoptivos; para ser regenerados en el Espíritu Santo».

LAS VELAS

La circunnavegación de *Ekklesia* termina en el sur, desde donde se reanudará para otros viajes. Antes de bajar las velas, los marineros, desde el capitán hasta los pasajeros, se dedican a tomar fotos para inmortalizar el primer viaje a bordo del *Ekklesia*. Queda en la memoria de todos el motivo más original de DV 11-13: «Por tanto, puesto que la Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada a la luz del mismo Espíritu con que fue escrita...» (DV 12). En latín es más conciso y, hay que admitirlo, más hermoso: «*Sed, cum Sacra Scriptura eodem Spiritu quo scripta est etiam legenda et interpretanda sit...*».

¿Cómo, entonces, debe interpretarse la Escritura a la luz del mismo Espíritu con el que fue escrita? DV 11-13 no entra en detalles; la Pontificia Comisión Bíblica lo hará con *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993). Respecto al puerto de inspiración, hemos encontrado que la expresión densa engloba el sentido del autor, del texto y del lector en una sublime sinfonía. La sinfonía de velas es acondicionada para un velero. En la introducción señalamos los colores de las tres velas: rojo, blanco y verde. La secuencia no es casual, sino que refleja el sentido “espiritual” de la Escritura explorada en los dos primeros milenios (Henri de Lubac) y retomada por Benedicto XVI en *Verbum Domini* 37: «La letra enseña los acontecimientos; la alegoría, qué creer;

la moralidad, qué hacer; y la anagogía, dónde apuntar [Littera gesta docet, quid credas allegoria, moralis quid agas, quo tendes anagogia]. En el “doble puerto” hemos subrayado el paso obligado del puerto menor de los autores al mayor del Autor, so pena de arbitrariedad incontrolada de la interpretación.

Dado que la secuencia de las tres virtudes es introducida por primera vez por Pablo en 1 Tesalonicenses 1, 3, la disposición de las velas en *Ekklesia* sigue el orden de 1 Corintios 13, 7: «El amor todo lo cree y todo lo espera». Cuando se interioriza, la Escritura engendra sobre todo amor (y no caridad): de Dios en Cristo por los hombres, entre los hombres y de éstos por Dios. La primera vela es de amor porque sin amor no se es nada ni nadie. La segunda vela es blanca porque refleja la fe en la muerte y resurrección de Cristo: es el color más común en *Ekklesia*. La tercera vela es verde porque en la esperanza hemos sido salvados (Rom 8, 24); y la esperanza no defrauda porque el Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5). Las tres velas, como las tres virtudes, no están en desacuerdo, sino que navegan al unísono, impulsadas por el único Espíritu que las infla.

En la circunnavegación hacia los cuatro puertos –de los autores, de la inspiración, de la salvación y de la condescendencia– el Espíritu crea una sincronía admirable entre las velas desplegadas. En la “procesión de la Sagrada Escritura”, como hemos llamado al Canto XXIX del Purgatorio, Dante retrata las tres virtudes comparándolas con tres mujeres que bailan alrededor del carro (la Iglesia) conducido por el grifo (Jesucristo):

Tres mujeres alrededor de la rueda derecha
Vienen bailando: la una tan roja
que apenas dentro del fuego notas;

la otra era como si su carne y huesos
de esmeralda hubieran sido hechos;
la tercera nieve recién caída parecía
(*Purgatorio*, Canto XXIX 121-126).

La lectura ‘espiritual’, en el sentido más literal del término (perdonen el oxímoron), no es una opción entre las muchas disponibles para el intérprete, sino que es constitutiva de la Sagrada Escritura ya que el Espíritu único inspira la intención del autor, el texto y el lector (John Henri Newman). En última instancia, el camino sinodal de la Iglesia contemporánea depende de la sinfonía entre la letra y el Espíritu en *Ekklesia*. Antes de estar “caminando juntos” o en procesión, el sínodo más urgente es el de un barco guiado por el Espíritu y la Palabra de Dios que, de lo contrario, corre el riesgo de naufragar. ¡Las mejores obras de arte nacen de los conflictos!

CAPÍTULO III LA INSPIRACIÓN DIVINA Y LA INTERPRETACIÓN DE LA SAGRADA ESCRITURA

Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura

11. Las verdades divinamente reveladas, contenidas y expresadas en los libros de la Sagrada Escritura, fueron escritas bajo la inspiración del Espíritu Santo. La Santa Madre Iglesia, por la fe apostólica, tiene por sagrados y canónicos todos los libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, con todas sus partes, porque fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. Jn 20, 31; 2 Tm 3, 16); tienen a Dios por autor y como tales han sido entregados a la Iglesia; para la composición de los libros sagrados, Dios escogió e hizo uso de hombres en posesión de sus facultades y habilidades, para que, actuando en ellos y por ellos, escribieran como verdaderos autores, todas y sólo aquellas cosas que Él quiso que se escribieran.

Por tanto, puesto que todo lo que afirman los autores inspirados o los hagiógrafos debe tenerse por aseverado por el Espíritu Santo, debe, por tanto, tenerse por cierto que los libros de la Escritura enseñan con certeza, fidelidad y sin error la verdad que Dios, para nuestra salvación, quiso entregar en las Sagradas Escrituras. Por tanto, «toda Escritura divinamente inspirada es útil también para enseñar, para convencer, para corregir, para

educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, instruido en toda buena obra».

Cómo debe ser interpretada la Sagrada Escritura

12. Dado que Dios en la Sagrada Escritura habló a través de los hombres de manera humana, el intérprete de la Sagrada Escritura, para comprender bien lo que nos quería comunicar, debe investigar cuidadosamente lo que los hagiógrafos realmente quisieron decir y Dios quiso manifestar con sus palabras.

Para deducir la intención de los hagiógrafos también hay que tener en cuenta los géneros literarios. La verdad, en efecto, se propone y se expresa de manera diferente en textos históricos, o proféticos, o poéticos, o incluso en otros géneros de expresión. Es necesario, pues, que el intérprete busque el sentido que el hagiógrafo en determinadas circunstancias, según la condición de su tiempo y de su cultura, por medio de los géneros literarios en uso, pretendió expresar y de hecho ha expresado. En efecto, para comprender exactamente lo que el autor sagrado quiso afirmar por escrito, hay que prestar la debida atención tanto a las formas habituales y propias de sentir, de expresarse y de narrar vigentes en la época del hagiógrafo, tanto en aquellos lugares como en otros en los que tales expresiones estaban entonces en uso en las relaciones humanas.

Por lo tanto, dado que la Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada a la luz del mismo Espíritu por el cual fue escrita, para deducir con precisión el significado de los textos sagrados, no se debe prestar menos atención al contenido y unidad de toda la Escritura, teniendo debidamente en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Corresponde a los exegetas contribuir, siguiendo estas normas, a la más profunda comprensión y exposición del sentido de la Sagrada Escritura, para que por sus estudios, de algún modo preparatorio, madure el juicio de la Iglesia. De hecho, lo que

aquí se ha dicho sobre la forma de interpretar la Escritura, en última instancia, se somete al juicio de la Iglesia, que cumple el mandato y ministerio divino de conservar e interpretar la Palabra de Dios.

La «Condescendencia» de la Sabiduría divina

13. Por eso, en la Sagrada Escritura, mientras la verdad y la santidad de Dios permanecen siempre intactas, se manifiesta la admirable condescendencia de la eterna Sabiduría, «para que aprendamos la inefable bondad de Dios y hasta qué punto él, solícito y providente con respecto a nuestra naturaleza, ha adaptado su discurso». De hecho, las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se hicieron semejantes al habla del hombre, así como la Palabra del Padre Eterno, habiendo asumido las debilidades de la naturaleza humana, se hizo semejante al hombre.

CUADERNOS DEL CONCILIO 4

Se terminó de imprimir en XXXX de 2023
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

La edición consta de XXXX ejemplares más sobrantes para reposición.